

Livinio Stuyck Vandergoten, un flamenco contra Bonaparte

Benicia VIDAL GALACHE
Historiadora. Doctora en Medicina

Florentina VIDAL GALACHE
Universidad Nacional de Estudios a Distancia
fvidal@geo.uned.es

Fecha de recepción: 15 de junio de 2010
Fecha de aceptación: 16 de diciembre de 2010

RESUMEN

Hasta la invasión napoleónica, Livinio Stuyck Vandergoten, Director de la Real Fábrica de Tapices, fue un empresario de éxito, respetado por la sociedad madrileña en la que ostentaba cargos públicos. Durante la Guerra de la Independencia, Livinio vió su negocio arruinado y su vida repetidamente en peligro por oponerse a los dictados del rey intruso y por sus contactos con la guerrilla. Después de seis años de guerra cruel y devastadora, la Fábrica de Tapices y el propio Livinio acusaron los efectos de la ruina de la Real Hacienda.

Para entender el comportamiento y la trayectoria de Livinio Stuyck Vandergoten se presenta brevemente la historia de la Real Fábrica de Tapices y las circunstancias del nombramiento del fundador de una saga de directores que han estado más de dos siglos al frente de tan singular empresa

Palabras Clave: Real Fábrica de Tapices; invasión napoleónica; Guerra Independencia; guerrilla.

ABSTRACT

Up to the Napoleonic invasion, Livinio Stuyck Vandergoten, Director of the *Real Fábrica de Tapices* - the Spanish Royal Tapestry Factory-, was a successful businessman. He was highly respected by Madrid society, where he hold public offices. During the Peninsular War, Livinio's business was ruined and his own life repeatedly threatened because of his political opposition to the dictates of the 'rey Intruso', Joseph Bonaparte, and because of his guerrilla connections. After six years of cruel and devastating war, the Royal Tapestry Factory and Livinio himself suffered the effects of the ruin of the Spanish Treasury. In order to understand fully the attitude and the path of Livinio Stuyck, this paper presents a brief account of the Spanish Royal Tapestry Factory history and also the circumstances of the appointment of the founder of a series of directors who have been more than two centuries at the forefront of this unique company.

Keywords: The Spanish Royal Tapestry Factory; Napoleonic invasion; Peninsular War; *guerrilla*.

En la primavera de 1808 las tropas francesas habían ocupado muchas ciudades y puntos estratégicos de la península. Después de que el ejército francés aplastara la rebelión del 2 de mayo en Madrid, con la familia real en el exilio y el ejército en desbandada, Napoleón entregó la nación a su hermano José, que era proclamado Rey de

España el 25 de julio. Pero el asentamiento del régimen napoleónico se verá frustrado por la iniciativa popular, luego dirigida por nuevas y viejas instituciones políticas y religiosas. El pueblo se lanzó en masa contra el invasor y comenzó a organizar unos órganos de poder, las Juntas, que tendrían un enorme apoyo, cuya cabeza visible estaba integrada casi siempre por miembros del clero o la nobleza, la burguesía y los oficiales del ejército. También combatieron los ejércitos profesionales, pero lo que caracterizó en definitiva la contienda contra el invasor francés fue aquel pueblo en armas, que improvisó un nuevo método de lucha: la guerrilla, siempre presente y pocas veces visible, que impresionará incluso a los más versados en el arte de la guerra.¹

La ocupación de España por las tropas de Napoleón dio lugar a episodios en cuyos relatos se mezclan sucesos reales e imaginarios, alimentados en parte por la forma discontinua y violenta de aquella guerra, teñida de sentimientos casi religiosos. Las hazañas de los guerrilleros, que tuvieron un papel decisivo en la suerte de la guerra, se van a transmitir de la única forma posible entonces: de boca en boca, sufriendo la natural deformación provocada por la pasión y la exaltación patriótica, que las acercaban a la leyenda.

Y en cierta medida participó de aquella leyenda Livinio Stuyck Vandergoten, Director de la Real Fábrica de Tapices, cuya vida estuvo estrechamente ligada a los acontecimientos trágicos que sacudieron a Madrid durante la ocupación francesa de 1808-1814. Por su singular trabajo y por sus cargos municipales, Livinio ocupó una destacada posición en la sociedad madrileña, pero estos cargos que le dieron poder y satisfacción estuvieron a punto de costarle la vida cuando desafió la autoridad de Bonaparte en defensa de sus conciudadanos.

1. EL FINAL DE UNA DINASTIA

A principios del año 1780 Cornelio Vandergoten, Director de la Real Fábrica de Tapices, esperaba con impaciencia la llegada de su sobrino nieto Livinio Giorgio, que venía hasta Madrid desde Amberes para ser adiestrado en el arte de la tapicería y el dibujo.

Durante muchos años los cuatro hermanos Vandergoten, Francisco, Jacobo, Adrián y Cornelio habían compartido la dirección de la Real Fábrica de Tapices con admirable eficacia y armonía. En 1774, al morir Francisco, Cornelio se quedó sólo al frente de la real manufactura y obediente al consejo del soberano, que deseaba que la fábrica pasara a manos de españoles, había firmado un elaborado contrato con cuatro de sus oficiales más cualificados, Domingo Galán, Manuel Sánchez, Tomás del Castillo y Antonio Moreno, por el que fueron nombrados “ayudas en la dirección”.² Pero la muerte de sus hermanos, con los que había compartido toda su vida y su trabajo le hicieron llamar a su sobrino, al que aún no conocía pero que llevaba su propia sangre.

¹ ARTOLA, Miguel: *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa Calpe, 1999; DE DIEGO, Emilio, *España, el infierno de Napoleón*, Madrid, La esfera de los libros, 2008.

² *Contrato de Cornelio Vandergoten con Antonio Moreno, Domingo Galán, Tomás del Castillo y Manuel Sánchez*, Madrid, 4 de octubre de 1774. Archivo General de Palacio [A.G.P.], leg. 280, Carlos III, ff. 46-57.

Es muy posible que los proyectos de Cornelio no fueran más allá, pero el tiempo y Livinio le hicieron cambiar de opinión, convencéndole de que la dirección de la empresa a la que los Vandergoten habían dedicado toda su vida debía quedar en manos de personas de su familia. Y así fue como Livinio Stuyck Dange, que después adoptó el Vandergoten como segundo apellido, se haría con el control de la manufactura, destacando con su poderosa personalidad entre los directores del pasado de la Real Fábrica de Tapices. Ya no será sólo un maestro tapicero atento a los dictados de su patrono real, sino un empresario ingenioso y combativo que dedicará todas sus energías a la difícil gestión de una empresa singular, que llevaba en manos de sus tíos desde 1721. Pero ¿qué razones habían movido a toda una familia de tapiceros de Amberes a venir a la Corte del Reino de España?

2. ORIGEN DE LA REAL FÁBRICA DE TAPICES³

A la llegada al trono del primer Borbón no existían en España industrias capaces de satisfacer la demanda de artículos de lujo como tapices, alfombras, porcelanas, tejidos de calidad o vestidos; incluso se importaban objetos de uso tan corriente como los cubiertos, las medias y el papel. En nuestro país se promovió una legislación que favorecía la creación de manufacturas nacionales, siguiendo la corriente mercantilista imperante en toda Europa, que trataba de evitar la importación de artículos foráneos⁴. También se facilitó la venida a España de técnicos extranjeros, para conseguir una mano de obra cualificada a nivel nacional y terminar con el atraso de las artes y oficios, cuya enseñanza había estado en manos de las antiguas asociaciones gremiales. La Real Fábrica de Tapices de Madrid fue la primera de aquellas industrias nacidas bajo este impulso, seguida por la Fábrica de Porcelanas del Buen Retiro, la Fábrica Escuela de Platería de Martínez, la Fábrica de Relojes, las Fábricas de Paños de Brihuega y Guadalajara y la de Cristales de la Granja.

En conjunto las industrias creadas con el apoyo estatal no dieron los resultados apetecidos, por falta de tecnología y de inversiones. La Real Fábrica de Tapices sobrevivió a otras tentativas industriales ilustradas por tener como principal cliente a la Corona, por mantener una forma de producción puramente artesanal que no dependía del progreso y por haber permanecido siempre en manos de la misma familia.

El nacimiento de la Real Fábrica de Tapices se remonta al primer cuarto del siglo XVIII cuando Jacobo Vandergoten, tapicero flamenco de reconocida fama, fue tentado por Felipe V para abandonar su negocio en la ciudad de Amberes a cambio de la

³ SAMBRICIO, Valentín: “La Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara”, en *El Madrid de Carlos III*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid-Museo Municipal, 1961; IPARRAGUIRRE, Enrique y DÁVILA, Carlos: *Real Fábrica de Tapices 1721-1971*, Madrid, s. n., 1972; HERRERO, Concha: “La Real Fábrica de Tapices de Madrid. Un proyecto ilustrado de Felipe V”, en *Jornadas sobre Reales Fábricas*, Madrid, Fundación CNV, 2004, pp.77-91; VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *La Real Fábrica de Tapices en los documentos de su Archivo*, Madrid, Real Fábrica de Tapices, 2000. Florentina Vidal ha inventariado el Archivo Histórico de dicha Real Fábrica.

⁴ ANES, Gonzalo: “Las manufacturas: de los estímulos a las Reales Fábricas”, en *Jornadas sobre el Real Sitio de San Fernando*, Madrid, Ayuntamiento de San Fernando de Henares, 1997, pp.15-30.

promesa de establecer en Madrid una industria del tapiz, dedicada a embellecer los Reales Sitios.

Desde el tratado de Utrecht (1713-1714) que puso fin a la Guerra de Sucesión, los antiguos Países Bajos españoles habían caído en manos del Emperador de Austria; en Amberes y Bruselas la industria de la tapicería había iniciado ya una peligrosa decadencia y la contienda terminó con la importación de tapices flamencos establecida siglos atrás por la Corona de Castilla. Bernardo Cambí fue comisionado por el Ministro Alberoni, poco amigo de los franceses, para contratar al maestro tapicero Jacobo Vandergoten, que no necesitó muchos argumentos para dismantelar sus telares. Los austriacos consideraron la decisión como una traición y un verdadero acto de espionaje industrial y el tapicero fue encerrado nueve meses en el castillo de Amberes, en tanto que su fábrica era arrasada y sus bienes confiscados. Vandergoten salió de su prisión a costa de grandes sumas de dinero y con la salud quebrantada. En cuanto se vio en libertad emprendió un peligroso viaje a España “sigilosamente y con la correspondiente aceleración”, en compañía de su esposa, Ana María Canyuwel, sus seis hijos y cuatro de sus antiguos oficiales.⁵

El 20 de julio de 1720 los tapiceros llegaban a Madrid⁶, la ciudad que no abandonarían hasta su muerte, y de inmediato solicitaron permiso para examinar un viejo telar que se guardaba en las dependencias del Oficio de Tapicería, para comprobar si era como los utilizados en Flandes.⁷

Desde el siglo XVII los flamencos se habían especializado en la técnica denominada de bajo lizo porque sus telares tenían los cilindros plegadores en disposición paralela al plano del suelo. Los telares de alto lizo, similares a los que aún se utilizan en la Fábrica de Tapices, eran los preferidos por Los Gobelinos de París. Jacobo Vandergoten “el Viejo” sólo utilizó la técnica del bajo lizo, en la que era un gran experto.

Madrid era todavía una ciudad asfixiada por un muro de tierra de carácter fiscal, levantado por Felipe IV, que hacía tan difíciles las reformas urbanas como su expansión natural. Las fábricas reales, que necesitaban grandes superficies para sus talleres, habían sido instaladas fuera del perímetro de la cerca, delimitándose desde entonces una zona industrial claramente diferenciada de la residencial. Al final de la calle de Hortaleza, de aire rural, poblada por gallineros y labradores, estaba el portillo de Santa Bárbara, próximo al convento de religiosos mercenarios descalzos del mismo nombre, donde se veneraba el cuerpo de la Beata María Ana de Jesús. Extramuros de aquel portillo de un solo arco y factura sencilla, en los terrenos donde en el siglo XVII hubo un molino harinero y más tarde un almacén de pólvora, se levantaba la “Casa

⁵ *Memorial al Rey de Francisco, Jacobo, Cornelio y Adrián Vandergoten*, s.l., s.f., posterior a 1755. Archivo Histórico Real Fábrica de Tapices [A.H.R.F.T.], leg. 9/1.3. El relato de la venida a España de la familia Vandergoten aparece en numerosos memoriales que a través de los años dirigieron al Rey los directores de la Fábrica de Tapices. A.H.R.F.T., legs. 1, 8, 9 y 24.

⁶ El 1 de agosto de 1720 Miguel Fernández Durán comunicaba al marqués de Villena la llegada de Vandergoten acompañado de cinco oficiales, pero en otros muchos documentos sólo se habla de cuatro. SAMBRICIO, Valentín, *op. cit.* y A.G.P. Sección Administrativa, leg. 680.

⁷ *Ibidem.*

del Abreviador”⁸, situada en una finca de cinco fanegas de tierra, alquilada en 1721 por orden de Felipe V a Juan Fernández de Villegas por la cantidad de 3.600 reales de vellón. La Fábrica de Tapices se instaló en aquel caserón destartalado bajo la advocación de Santa Bárbara, que además de tener un templo en las proximidades era la patrona del gremio de tapiceros de Bruselas.

Al poco tiempo de su llegada a Madrid, los Vandergoten y cuatro oficiales estaban viviendo en la rústica “Casa del Abreviador”, que en años sucesivos necesitó de ampliaciones y reformas llevadas a cabo por varios arquitectos: Pablo Ramírez, Francisco Sabatini, José de la Ballina y Juan de Villanueva.⁹ Aunque en este caso se había aprovechado un edificio construido para otro fin, la fábrica se planteó siguiendo el modelo preconizado por los teóricos de la arquitectura europea del siglo XVIII, que concebían estos establecimientos como un conjunto de talleres, patios, almacenes y alojamientos que reunían en un único espacio arquitectónico todo el proceso de producción.

Hasta 1733 estuvo al frente de la manufactura un Intendente Real, Bernardo Cambí, secundado en alguna ocasión por su hermano Nicolás, que en 1744 fue sustituido por Basilio Martínez Tineo. Por considerar que el arte de la tapicería estaba subordinado al de la pintura, e igual que sucedía en el Taller de Los Gobelinos y en la Manufactura Vaticana, la dirección artística de la Fábrica de Tapices recayó en un pintor de Cámara, Andrés Procaccini. Jacobo Vandergoten se ocupó de la parte técnica de la empresa y ayudado por su hijo mayor, Francisco, y por sus oficiales, empezó de inmediato a trabajar en las que serían sus primeras obras en España, sobre modelos que había traído desde Amberes que reproducían las “diversiones de paisanos de Flandes”, a imitación de Teniers, otro de un joven con gansos, y otro que representaban una cacería de halcones al estilo de Wouwermans.

Felipe V asignó 60 reales diarios a Jacobo “El Viejo”, para compensarle de las pérdidas sufridas y la familia vivió en principio de aquella suma.¹⁰ También se les concedió la exención de impuestos sobre algunos comestibles (carne, vino, aceite, vinagre, jabón, manteca de Flandes, azúcar de pilón, chocolate, café y pescado salado) y sobre los géneros de lana y seda necesarios para la fábrica.¹¹ Durante algún tiempo los Vandergoten tuvieron dificultades económicas, la Corona no fue tan buen cliente como en principio habían supuesto porque “el reino tenía otras urgencias a que atender.” Para sobrevivir, los laboriosos flamencos plantearon una buena huerta con

⁸ Según el Diccionario de Autoridades se denominaba así al que redactaba los Breves de la Curia Romana.

⁹ HERRERO, Concha: “Tapicería”, en *Artes decorativas II, Summa Artis, Historia General del Arte*. Tomo XLV, Madrid, Espasa Calpe, 1995, pp. 133-201.

¹⁰ *Traslado de poder para hacer testamento otorgado por Jacobo Vandergoten a su esposa, Ana María Canyuwel, y a su hijo, Francisco Ignacio Vandergote*. Madrid, 23 de febrero de 1722, A.H.R.F.T., leg. 3/1.1.

¹¹ *Real Orden de 14 de diciembre de 1753 que ratifica las condiciones de la contrata de 1744, incluidas las exenciones de impuestos que gozaba la Real Fábrica desde sus principios*, A.H.R.F.T., leg. 1/13.1.

su noria en los terrenos sobrantes de la finca, redondeando probablemente sus ingresos con la compraventa de cuadros.¹²

Desde el principio se recibieron en la fábrica muchas solicitudes de jóvenes que querían aprender el oficio. El Madrid de la primera mitad del siglo XVIII, centro político y social del reino, atraía a gran número de personas que sólo encontraban ocupación en la burocracia y los servicios. La mayoría de los empleos disponibles eran trabajos sin cualificar, de carácter más o menos eventual -aguadores, lavanderas, nodrizas, aprendices de albañil, vendedores ambulantes, etc.-. No es de extrañar que siendo ya notorio el establecimiento de aquella nueva fábrica en Madrid, solicitaran muchos jóvenes españoles su ingreso en ella.

3. UNA EXTRAÑA FAMILIA

Jacobo “El Viejo” murió en 1724 de “prolija enfermedad” dejando viuda, seis hijos y otro en camino.

En su testamento, Jacobo Vandergoten nombraba como herederos a su esposa, Ana María Canyuwel, y a sus seis hijos, de unos bienes eran tan escasos que no alcanzaron para pagar los gastos de funeral, misas, entierro y otras deudas contraídas, por lo que suplicaba al soberano que no abandonara a su pobre familia, que quedaba sin medios para poder mantenerse “conforme a su calidad y en País extraño”. Los detalles del entierro y honras fúnebres los dejaba a la voluntad de sus albaceas, su esposa y su hijo mayor, Francisco, que decidieron que su cuerpo reposara bajo la bóveda de la iglesia del Hospital de San Andrés de los Flamencos.¹³

La colonia flamenca establecida en la Corte tenía su punto de encuentro en el Hospital de San Andrés de los Flamencos, fundado por Carlos de Amberes en 1594 para la asistencia y albergue de los pobres y peregrinos de los Países Bajos, a los que se daba comida y cama durante tres noches consecutivas y auxilio espiritual en su propia lengua.¹⁴ El Hospital estaba en la calle de San Marcos, en el barrio del Barquillo, muy próximo al portillo de Santa Bárbara, y desde sus comienzos disfrutó del patronato de la Corona, que puso a Patriarca de las Indias como Presidente de la junta directiva. Según los estatutos, la Real Diputación de San Andrés de los Flamencos debía estar formada por naturales de las Diecisiete Provincias que habían conformado los antiguos Países Bajos o sus descendientes, escogidos entre los ciudadanos más notables, que procurarían con su influencia y prestigio el buen funcionamiento de la piadosa fundación.¹⁵ Los Vandergoten desempeñaron puestos directivos en la Real Diputación del Hospital de San Andrés, al que favorecieron con limosnas y legados.

¹² Es posible que también comerciaran con objetos de plata porque se conservan muchos certificados de tasaciones que no guardan relación con las posesiones descritas en los inventarios.

¹³ *Testamento de Jacobo Vandergoten otorgado por su viuda, Ana María Canyuwel y su hijo, Francisco Ignacio Vandergote. Escribano Antonio de Lerma y Paz.* Madrid, 30 de enero de 1724, A.H.R.F.T., leg. 3/1.1.

¹⁴ VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *Historia del Hospital de San Andrés de los Flamencos 1594-1994*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 1996.

¹⁵ VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: “Origen, historia y relaciones del Hospital de

Para todos los efectos, el sucesor de Jacobo “El Viejo” fue su primogénito, Francisco Ignacio, el único mayor de edad, con categoría de maestro tapicero, que se convirtió en el mentor de sus hermanos¹⁶; pero la que ejerció más de cuarenta años como auténtico cabeza de familia fue la viuda, Ana María Canyuwel.

Ana María obtuvo del monarca los 60 reales diarios que disfrutaba Jacobo y siempre los administró a su libre albedrío, junto con restantes ingresos de la familia, con tanta prudencia y habilidad que el inventario de bienes realizado a su muerte, el 20 de septiembre de 1760, revela que aquella mujer que no tenía ni para pagar el entierro de su primer marido llegó a gozar de una bien saneada fortuna.

Ana María Canyuwel tuvo la autorización de su marido para ejercer la tutela de sus hijos menores, hasta que alcanzaran la mayoría de edad; su papel dentro de la familia sobrepasó los límites del tutor y de hecho ejerció un férreo control sobre sus vástagos cuando aquellos hubieron alcanzado ampliamente la edad adulta.

Cuando murió Jacobo Vandergoten, su esposa estaba embarazada y a este hijo, que murió a poco de nacer, se le considera como un heredero más en el testamento redactado unos meses atrás. Entre los testigos del documento aparece un tal Jaime Alemans¹⁷ (Jacobus Hallemans), dibujante bruselense de 37 años que trabajaba con los Vandergoten en la Fábrica de Tapices.¹⁸ Apenas transcurrido un año desde la muerte del anciano tapicero, su viuda contrajo matrimonio con Alemans.

En 1737 la pareja decidió separarse de forma amistosa “por justas causas y motivos”.¹⁹ La ruptura²⁰ no fue sólo por desamor; el dinero, poderoso caballero, debió tener parte de la culpa. Como la familia vivió en un régimen de auténtico matriarcado, Ana María disponía tanto de los salarios asignados a sus hijos en la Fábrica de Tapices como de los cuatro reales de plata diarios que le correspondían a su segundo marido desde 1726 como pintor y dibujante en la empresa. Pero los hijos crecieron y a Jacobo, el tercero en edad, se le ofrecería una ocasión de independizarse.

San Andrés de los Flamencos y la Real Fábrica de Tapices”, en *De Amberes a Madrid. La obra de Carlos de Amberes y los tapiceros Vandergoten-Stuyck*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2008, pp. 19-38.

¹⁶ Francisco y Pedro eran mayores de 25 años pero los tres pequeños, Jacobo, Adrián, y María Teresa no habían alcanzado los 20.

¹⁷ En adelante utilizaremos la forma castellanizada de los nombres, tal y como aparece en los documentos.

¹⁸ Era hijo legítimo de Laurencio Alemans y Catalina de Bruno. *Certificado de J. Vanden Dickes de la partida de bautismo de Jaime Hallemans, verificado en la Iglesia Parroquial de Santa Catalina*, Bruselas, 5 de abril de 1687, A.H.R.F.T., leg. 1/1.

¹⁹ *Escritura de separación amistosa entre Jaime Alemans y su esposa, Ana María Canyuwel*, Madrid, 16 de diciembre de 1737, *Escribano Manuel de Bovadilla*, A.H.R.F.T., leg. 3/2.4. En el mismo legajo hay más noticias sobre el segundo matrimonio y posterior separación de Ana María Canyuwel.

²⁰ No existía el divorcio civil pero sí otras posibilidades contempladas en el Derecho Canónico: nulidad, disolución y separación de cuerpos.

4. LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA

En los primeros diez años de su existencia, la situación en la fábrica no fue precisamente de bonanza, porque el reino aún sufría las consecuencias de la pasada guerra civil. Al fin llegó el ansiado encargo que daría trabajo a los telares: por orden del Rey, Procaccini pinta los cartones con la “Historia de D. Quijote de la Mancha” y Miguel Angel Houasse²¹ los de “La Historia de Telémaco”. Pero la Fábrica de Tapices seguiría languideciendo y en 1729 la Corona llegó a adeudarle 196.664 reales de vellón y 24 maravedises.

Para ampliar el ámbito de la producción, Andrés Procaccini y Bernardo Cambí hicieron venir a un especialista del Taller de Los Gobelinos de París, llamado Antonio Lainger²², buen aficionado al vino según las malas lenguas, para que enseñara a los tejedores de la Fábrica de Tapices el manejo de los telares de alto lizo.²³ Pronto se reveló Lainger como un peligroso rival de los flamencos pues era tal su rapidez y habilidad que el paño que empezó a tejer sobre una pintura de Houasse, representando a San Juan Bautista en el desierto, era tan hermoso que recibió las alabanzas del propio Cambí. Lainger y Houasse volvieron a colaborar en “La historia de Telémaco” pero el segundo enfermó en octubre de 1727; cuando murió el artista en 1731 sólo había pintado dos cuadros de la serie.²⁴

En 1729 la Corte se traslada a Sevilla en un intento de aliviar la melancolía del Rey. Felipe V estableció allí una nueva fábrica de tapices en la Casa de la Lonja, bajo la dirección artística de Procaccini, que ya había dirigido en Roma, junto con Jean Simonet, la manufactura del Papa Clemente XI.

En un primer momento se pensó en Pedro Vandergoten²⁵, que tenía la categoría de oficial, para que trabajara en la nueva fábrica; pero Francisco, agobiado por la responsabilidad del negocio, no quiso prescindir del segundo de sus hermanos mayores y Jacobo fue a Sevilla con el grado de maestro, un sueldo de 30 reales diarios y el compromiso de enseñar su arte, dando preferencia a los aprendices españoles.

La estancia de Felipe V en Andalucía fue breve. En 1733 la Corte vuelve a Madrid y se cierra la manufactura. Los tapices que estaban en realización, una copia de la serie sobre “La Conquista de Túnez” del bruselense Pannemaken, que pertenecieron a Carlos V, son trasladados a la Fábrica de Santa Bárbara de Madrid.

El 1 de mayo de 1734 el monarca proporcionó a los tapiceros un nuevo local en la calle de Santa Isabel donde se instalaron los telares de alto lizo. Como Antonio Laig-

²¹ Miguel Ángel Houasse era hijo de René Antoine Houasse, el discípulo de Charles Lebrun que fue director del Taller de Los Gobelinos desde 1663.

²² Se fija la llegada de Lainger en 1729 en *loc. cit.* (nota 5), aunque otros autores la sitúan en 1727. A.H.R.F.T., leg. 9/1.3, f.3.

²³ VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia, *op. cit.* (2000), p. 24.

²⁴ *Razón de las Tapicerías ejecutadas en la Real Fábrica de Tapices*, s.l, s.f., posterior a 1776, A.H.R.F.T., leg.2/6.3.

²⁵ En una relación del personal de la Real Fábrica, solicitada a Francisco Vandergoten por Cambí el 1 de enero de 1730, aparecen ya Pedro y Jacobo con la categoría de oficiales del telar alto. SAMBRICIO, Valentín, *op. cit.* y A.G.P, Sección Administrativa, leg. 680.

ner murió de forma prematura, a resultas de la buena vida, el 15 de mayo de 1734, Jacobo, libre ya de la sombra del que fuera su maestro, quedó al frente de los talleres, donde había cinco oficiales, entre ellos su hermano Adrián, y seis aprendices encargados de continuar parte de la serie de tapices iniciada en Sevilla²⁶, 16 paños de la “Historia de Telémaco” y un gran tapete de flores.

En 1733 Basilio Martínez Tineo sucede a Bernardo Cambí, cuya gestión como Intendente de la Fábrica de Santa Bárbara era poco satisfactoria.²⁷ Se había terminado la confección de tapices sobre cartones de Procaccini y Houasse, ya fallecidos, y el alejamiento de la Corte había hecho disminuir de forma dramática los encargos hasta tal punto que varios oficiales desertaban de una labor que no les procuraba ni el necesario sustento. Para que los telares de Santa Bárbara no quedaran parados, Martínez Tineo consiguió que el Rey encargara a Francisco la confección de cinco paños de los doce que componían la serie de “La Conquista de Túnez”. Como no había ningún pintor disponible y Domingo María Sani, encargado de los dibujos, estaba trabajando en La Granja, el propio Francisco Vandergoten y algunos oficiales hicieron aguadas en color que reproducían los viejos tapices. Como medida complementaria Martínez Tineo sugirió al soberano la conveniencia de recomponer y limpiar las viejas colgaduras de Palacio y paños de la importancia de “Apocalipsis de San Juan”, “La Pasión de Nuestro Señor” o “Los jardines de Pomona”. Así fue como comenzó una actividad, el retupido, que durante años proporcionaría a la Fábrica de Tapices parte de los beneficios de que estaba tan necesitada.²⁸

En 1737 los tapiceros presentaron al Rey una alfombra pequeña de nudo turco y al parecer le complació tanto que mandó que instalaran telares para que siguieran fabricando alfombras turcas²⁹, en las que Cornelio demostró tan especial habilidad que fue nombrado maestro, con un salario de 15 reales. El primer encargo importante fue el de una alfombra de 30 varas de largo y 12 de ancho, para el salón de Palacio en los días de besamanos. Se encargó a Sani que pintara el motivo pero tardó tanto tiempo que la alfombra no se llegó a terminar, pese a que el pintor Pedro Peralta hizo otro dibujo alternativo.³⁰ De momento la novedad de la fabricación de alfombras turcas no tuvo el éxito esperado.³¹

²⁶ *Relación de Jacobo Vandergoten incluida en el Informe dado por Basilio Martínez Tineo a José del Prado*, Madrid, 16 de noviembre de 1740, A.G.P., Sección Administrativa, leg. 681, f.15.

²⁷ *Correspondencia entre Francisco Vandergoten y José Patiño sobre la orden de apartar a Bernardo Cambí de la intendencia de la Fábrica de Tapices*, Madrid, 1 a 8 de mayo de 1732, A.H.R.F.R., leg. 1/2.2.

²⁸ *Relación de las tapicerías*, Madrid, s.f., posterior a 1778, A.H.R.F.T., leg. 2/6.3, f. 2.

²⁹ Las alfombras a la turca eran de nudo doble. En la fábrica también se hacían alfombras de nudo de tapiz, más adecuadas para la decoración de muros y techos.

³⁰ *Relaciones de tapices y alfombras*, Madrid, 1779, A.H.R.F.T., legs. 2/9.2 y 2/9.4

³¹ En el siglo XVIII hubo en Madrid al menos nueve fábricas de alfombras de nudo turco, como la establecida en 1725 en la calle del Reloj por Juan Antonio Lencaster y su esposa Petronila. Entre las más importantes estaba la de Matías González (1776), en la calle Ancha de San Bernardo. GARCÍA SANZ, Ana: “Las fábricas de alfombras madrileñas del siglo XVIII”, en *Jornadas sobre el Real Sitio de San Fernando...*, op. cit., pp. 157-167.

Por Decreto de 25 de julio de 1739, los hermanos Francisco y Jacobo Vandergoten logran que el Rey los distinga con el nombramiento de Ayudas del Real Oficio de Tapicería, de momento como supernumerarios sin sueldo. En 1745 alcanzarían el mismo honor Cornelio y Adrián cuyo cometido era el de colgar y descolgar las tapi-
cerías de las distintas residencias reales.

5. LA NUEVA CONTRATA

Algunas de las medidas propuestas por el Intendente, Martínez Tineo se harían realidad en la contrata establecida por la Casa Real con los hermanos Vandergoten, aprobada el 28 de agosto de 1744³², que marcó un hito importantísimo en la historia de la manufactura y de la propia familia. Probablemente las ideas expuestas estaban sugeridas por Francisco, que con su peculiar estilo, humilde y sumiso, apoyaba sus peticiones en los sacrificios hechos por su familia para servir al Rey de España.

La nueva contrata establecía que a los maestros Francisco y Jacobo se les manten-
drían de por vida sueldos de 60 y 30 reales respectivamente. El alquiler del edificio de la Real Fábrica seguiría corriendo por cuenta del Rey. La familia gozaría de las exen-
ciones de impuestos sobre algunos comestibles y sobre los géneros de lana y seda utilizados en los tapices y alfombras. Siempre que se les encargase una obra de de importancia, se les entregarían como adelanto 10.000 reales de vellón mensuales y si el encargo era menor, una cantidad proporcional; el dinero a cuenta se deduciría del importe total de la obra, a razón de 570 reales el ana de tapicería. Como estos precios eran muy bajos con relación a los antes vigentes, pedían que todos los pertrechos de la fábrica y las existencias de materiales almacenados se les adjudicaran en propiedad. Por último, solicitaban permiso para atender encargos particulares, cosa que ya hacían de antiguo, dando siempre prioridad a los de la Casa Real.

A cambio de estos beneficios Francisco y Jacobo, en su calidad de maestros, se comprometían a enseñar a cuantos muchachos quisiesen aprender este arte. Los aprendices estarían cuatro meses a prueba, sin sueldo, luego cobrarían dos reales de vellón al día, con posibilidad de aumento según su aprovechamiento. Si llegaban a oficiales cobrarían por trabajo realizado, una forma de asegurar su laboriosidad. A todos los aprendices que quisieran se les enseñaría dibujo.

A partir de ese momento la Fábrica de Tapices va a ser dirigida por Francisco Vandergoten, secundado por sus hermanos Jacobo, Adrián y Cornelio (Pedro ya había fallecido), en tan perfecta conjunción que sus nombres aparecen en la mayoría de los documentos como “Maestros y Directores de la Real Fábrica de Tapices”. Bajo la poderosa influencia de la madre, el entendimiento entre los hermanos llegó a ser tan perfecto que al parecer excluía el deseo de liderazgo o cualquier otro sentimiento de rivalidad, y como también eran maestros en el difícil arte de pedir, poco a poco irán mejorando las condiciones de su trabajo. Con pocos años de diferencia, los extraños

³² *Copia del Decreto de la contrata entre la Casa Real y la Fábrica de Tapices*, San Ildefonso, 28 de agosto de 1744, A.H.R.F.T., leg. 23/8.14.

hermanos Vandergoten murieron viejos, ricos y solteros, menos Cornelio, que casó tarde con una española llamada Antonia González.

Al fallecer Martínez Tineo, meses después de aprobada la contrata, desaparece de la fábrica la figura del Intendente Real y los Vandergoten ven así cumplido su sueño de dirigir por sí mismos la manufactura. La Real Fábrica de Tapices de Madrid ya no tendría competidores; los tímidos intentos de establecer otras tapicerías reales en distintos puntos del Reino nunca llegaron a concretarse, salvo el ensayo de Sevilla.

En 1744 los hermanos Vandergoten están otra vez unidos. Se cierran los locales de la calle de Santa Isabel y las dos fábricas de tapices vuelven a ser una, la de Santa Bárbara, donde trabajaban nueve oficiales y diez aprendices “poco instruidos”. La Fábrica de Tapices recibe encargos importantes: en 1744 los paños de la “Historia del Rey Ciro” y en 1745, varios paños y sobrepuestas sobre cartones del pintor de Cámara, Luis Van Loo, a imitación de Teniers, para que hicieran juego con la tapicería que había regalado al Rey el Marqués de Santiago. El nombramiento de Luis Miguel Van Loo como pintor de Cámara, en 1737, supuso una etapa floreciente en la realización de cartones para la Fábrica de Tapices. Van Loo fue el maestro de otros pintores que trabajarían para la fábrica en su etapa más brillante, entre ellos de Andrés de la Calleja

Así fue como Jacobo, que había gozado de una cierta independencia, volvió con todas sus pertenencias al redil familiar, gobernado por la madre, Ana María Canyuwel con mano de hierro. Una vez libre del estorbo de Alemans, su segundo marido, Ana María hizo un documento público en el que repartía con sus hijos Francisco, Jacobo, María Teresa, Cornelio y Adrián la pensión de 60 reales diarios asignada por el Rey a la muerte de Jacobo “El Viejo”. Hasta que ellos no quisieran separarse de “su tutela y compañía” y siguieran en la casa familiar, estarían sujetos a ella “con la superior humildad y obediencia que hasta ahora me han manifestado”. Pensaba administrar los ingresos de todos, tanto la pensión como los jornales producto de su trabajo; a cambio les daría de por vida “manutención, vestido y decencia”.³³ Jaime Alemans murió en mayo de 1747, y, dado que no su nombre no vuelve a ser mencionado tras la separación en 1737, en esa fecha debió dejar su trabajo en la fábrica.

Años más tarde, en 1755, Ana María Canyuwel recibió de Fernando VI otra pensión de 1000 ducados al año³⁴, que en opinión de sus hijos era una cantidad “muy limitada”. Los tapiceros esperaban una suma más importante, dadas las repetidas muestras de satisfacción y agradecimiento que el monarca y su esposa habían manifestado a su familia, que había abandonado Flandes para servir al Rey de España, con riesgo de su vida y de sus bienes. Los Vandergoten no perdían ocasión de pasar factura por sus lealtades, y a veces, sólo a veces, conseguían de los volubles monarcas algunas mercedes, a decir verdad, más que merecidas.

³³ *Escritura pública otorgada por María Canyuwel... para repartir con sus hijos la pensión que tiene asignada por S.M.*, Madrid, 7 de julio de 1738, Escribano Francisco Villoria y Cobos, A.H.R.F.T., leg. 3/4.1.

³⁴ *Traslado del Real Decreto de 14 de mayo de 1755 por el que Fernando VI concede a Ana María Canyuwel una pensión de 1000 ducados anuales*, Madrid, 2 de octubre de 1763, A.H.R.F.T., leg. 1/14.3.

6. LOS TRABAJOS DE RETUPIDO. LLEGAN NUEVOS PINTORES

En 1749 murió Felipe V y subió al trono su hijo, Fernando VI, cuyo reinado (1746-1759) breve y pacífico sería el único periodo de calma para España en aquel siglo pródigo en conflictos bélicos. El 19 de febrero de 1750 los hermanos Vandergoten firmaron una nueva contrata con la Casa Real por la que se comprometían a efectuar la restauración (retupido y limpieza) de todas las tapicerías y alfombras deterioradas de Palacio, operación que antes hacían un maestro, un oficial y dos aprendices en el Real Oficio de Tapicería. Parece que el nuevo Rey estaba disgustado por el estado de muchos de sus tapices, descoloridos por el tiempo y agujereados por los roedores; el número de piezas deterioradas requería más operarios y se aprovechó la oportuna oferta de los Vandergoten, siempre alerta a todo lo que beneficiara su negocio. El contrato proporcionaría más actividad para los telares y sobre todo suponía dinero para aquella familia de trabajadores incansables que con su tenacidad llegaron a amasar una importante fortuna.

Para los trabajos de retupido se destinaron cinco telares, atendidos por veintiocho oficiales y tres aprendices. Algunas de las obras estaban tan deterioradas que se temió que la recomposición fuera imposible, pero una vez terminadas parece que no se distinguía la parte añadida de la original. También se restauró la tapicería de muchos muebles, entre ellos una magnífica cama del Rey tapizada en oro, seda y estambres. En la contrata se estipuló que a principio de cada mes se entregaría a los tapiceros 5.000 reales de vellón para pagar materiales y jornales³⁵, a cuenta de cada trabajo y que antes de ser abonado en su totalidad este sería supervisado y controlado por funcionarios de Palacio, que expedían el correspondiente certificado; pero los encargos no llegaban de forma regular y algunos oficiales se marcharon, instalándose de su cuenta en pequeños talleres donde atendían a particulares. Para dar más facilidades, en mayo del mismo año, los hermanos Vandergoten que no se rendían sin luchar enviaron otra propuesta al soberano en términos similares a la del mes de enero, pero rebajando la cantidad a cuenta a 2.500 reales de vellón cada mes.³⁶

Aprovechando la mayor concentración de piezas de importantes tapicerías en la fábrica, los Vandergoten volvieron a insistir en su petición de ampliación de los locales y sobre todo la de construir unos guardarropas para almacenar en las debidas condiciones los reales tapices y alfombras. Parece que en algunas ocasiones se les había acusado del extravío de alguna pieza y ellos alegaban que podría haberse confundido al efectuar la cuelga y descuelga y que lo inadecuado de sus instalaciones no les permitía llevar un buen control.

Era también el momento de insistir en otro de sus viejo anhelos, el de elaborar sus propios tintes, evitando así la servidumbre de los proveedores que les ofrecían una

³⁵ *Real Orden comunicada por Joseph de Carvajal y Lancaster a Francisco Vandergoten, donde se encarga a la Real Fábrica de Tapices de todas las recomposiciones de tapicerías de la Casa Real, Madrid, 22 de enero de 1750, A.H.R.F.T., leg.1/7.3.*

³⁶ *Propuesta para la reforma de la contrata de retupido, Madrid, 13 de mayo de 1750, A.H.R.F.T., leg. 9/1.2.*

gama de colores que a veces limitaban la fantasía de los bocetos.³⁷ Los Vandergoten llegaron a ser expertos tintoreros y cuando Cornelio quedaba como único superviviente de la familia, tuvo la satisfacción de que los Diputados de los Cinco Gremios Mayores le pidieran un informe para la fabricación de tintes para seda y lana, con la intención de recomendarlos a nivel nacional.³⁸ La oficina de tinte de la Real Fábrica de Tapices se estableció en 1760, durante el reinado del tercer Borbón, y ha funcionado con gran perfección hasta los años sesenta del presente siglo.

Otro de los grandes problemas pendiente era el de no contar con pintores dedicados en exclusiva a la realización de cartones para modelos de tapicería. Esta carencia aparece de forma reiterada en los memoriales que de tiempo en tiempo elevaban al Rey los hermanos Vandergoten, siempre temerosos de que los telares tuvieran que parar por falta de modelos. Se retocaban las pinturas para que tuvieran las medidas adecuadas al lugar a donde iban destinadas y se reproducían las series que habían tenido más aceptación: en 1750 se vuelve a tejer la serie “Don Quijote”, que se había hecho en 1727, cambiándole las cenefas; en 1753 Andrés de la Calleja y Antonio González, continuadores de la tradición flamenca que imitaba el estilo de Teniers, pintan los motivos de los tapices destinados al Palacio de San Lorenzo de El Escorial. Los cuadros de la luneta del Coliseo del Buen Retiro, que representaban las cuatro estaciones del año, también se copiaron en tapices, y en 1756 se reproducen los paños tejidos en 1753 para El Escorial, destinados ahora al dormitorio de los Infantes en el Palacio del Buen Retiro. Según Tormo y Sánchez Cantón³⁹, la obra más importante de estos años fue la serie titulada “Historia de Salomón”, sobre cartones de Corrado Giaquinto, el Pintor de Cámara de Fernando VI, que fue desde 1753 a 1762 Director Artístico de la Real Fábrica de Tapices.

7. LA ÉPOCA DORADA

Sin duda el reinado de Carlos III (1758-1788) es un época brillante para la Fábrica de Tapices por la belleza y variedad de sus obras, que pronto van a apartarse del modelo flamenco preferido hasta entonces. El bohemio Antonio Rafael de Mengs, el Primer Pintor de Cámara del nuevo monarca, fue nombrado en 1762 Director Artístico de la manufactura y se le encarga reclutar pintores entre los que trabajaban para la Casa Real. En los primeros años Mengs sigue fiel al estilo de Teniers y Wouwermans y, bajo su dirección, Guillermo Anglois y Antonio Velázquez realizarán cartones que sirven de modelo a tapices para el cuarto del Rey y las cuatro piezas del cuarto de la Infanta María Josefa, en el palacio de El Pardo.

³⁷ *Representación de Francisco, Jacobo, Adrián y Cornelio Vandergoten al Rey, pidiendo pintores y una sección de tinte*, Madrid, 1755, A.H.R.F.T., leg. 9/1.3.

³⁸ *Correspondencia entre Bernardo Iriarte, Cornelio Vandergoten y los Diputados de los Cinco gremios Mayores sobre tintes en lanas y sedas*, Madrid, 10 de abril de 1784-17 de abril de 1785, A.H.R.F.T., leg. 1/7.2.

³⁹ TORMO, Elías y SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco José: *Los tapices de la Casa del Rey N.S.: notas para el catálogo y para la historia de la colección y de la fábrica*, Madrid, Mateu, 1919.

En 1775, un joven artista recién llegado de Italia, llamado Francisco de Goya, realizó su primer cartón para la Real Fábrica, como “pintor particular”; venía recomendado por Francisco Bayeu, su cuñado, encumbrado ya como Pintor de Cámara, que había procurado el mismo trabajo a su hermano Ramón. Goya pintará cartones de temática costumbrista, con el pueblo como único personaje y planteamientos estéticos y técnicos que se adelantan a su tiempo.

Cuando Mengs se vuelve enfermo a Roma, Francisco Bayeu y Salvador Maella son encargados de la dirección de los cuadros para tapices destinados a la pieza comedor del Rey y el cuarto de los Príncipes, realizados por Ramón Bayeu, Francisco de Goya, José del Castillo, Andrés Ginés de Aguirre y Mariano Nany. El Director Artístico debía certificar que los tapices se ajustaban fielmente al modelo en cartón, pero en ausencia de Mengs, ninguno de los Pintores de Cámara, ni siquiera Francisco Bayeu o Salvador Maella, quisieron sustituirle en esta labor.

La Real Fábrica es ya un próspero negocio y el dinero fluye a las arcas de aquellos laboriosos tapiceros que amasan un considerable capital invertido en acciones del Banco de San Carlos y de la Compañía de Filipinas, diversas casas en la capital y fincas rústicas que arrendaban en las inmediaciones de la misma. Viejos, ricos y solteros van muriendo los hermanos Vandergoten: en 1768 falleció Jacobo, en 1773 Adrián, un año después el mayor, Francisco, y en 1782 María Teresa. Ninguno dejó descendencia. Aún después de desaparecida su dominante madre siguieron unidos, viviendo en la Fábrica de Santa Bárbara, con excepción de Cornelio que vivía fuera de la finca con su esposa. No es extraño que, al verse sólo al frente de la Real Fábrica de Tapices, Cornelio llamara a su lado a su sobrino Livinio Stuyck Dange, la sangre nueva que haría florecer el estéril tronco de los Vandergoten.

8. EL MADRILEÑO QUE VINO DE FLANDES

Pese a que en varias ocasiones se pensó en abandonarlo por ruinoso, cuando Livinio llegó a Madrid seguía en pie el viejo edificio de la Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, al que los fenómenos meteorológicos ponían cada invierno en trance de desaparecer y aún aguantaría muchos años más hasta ser borrado por las reformas urbanísticas del último tercio del siglo XIX. La construcción principal era de forma rectangular, con cubiertas a dos vertientes, de teja y pizarra emplomada con abuhardillados, rematado en los extremos por torres con chapiteles. Un cuerpo central saliente de forma poligonal rompía la monotonía de la severa fachada delantera. Formando ángulo recto con la casa había otra edificación de forma alargada, con idéntica cubierta y numerosas ventanas abiertas en sus muros, donde se alojaban los obradores, almacenes y otras dependencias. En torno al patio central había otras construcciones añadidas en sucesivas reformas: lavaderos, caballerizas, cochera, cuadras y pajar completaban el conjunto, cuyo mayor encanto residía en un bien cuidado jardín y una extensa huerta con frutales plantada por los Vandergoten. Toda la finca estaba cercada por una tapia de mampostería, cubierta con albardilla, en la que se abrían

varias puertas y dos portillos.⁴⁰ Dentro del recinto tenían una capilla, donde se podía celebrar misa desde 1758.

La situación extramuros de la Real Fábrica la hacía más vulnerable a los malhechores y la proximidad al portillo de Santa Bárbara le daba carácter de atalaya privilegiada para los contrabandistas que pudieran ocultarse entre sus muros. A partir del 18 septiembre de 1777 una Real Orden dispuso que una guardia custodiara la finca. Esta situación de indefensión la haría presa fácil de los franceses, que la ocuparon de forma temporal durante la contienda.

Livinio empezó a trabajar en los talleres de la Real Fábrica como un tejedor más, pero no tardaría en cambiar aquel oscuro y difícil trabajo por otro más en consonancia con su destacada personalidad.

Los Vandergoten fueron siempre conscientes de su posición de artesanos, aunque fueran unos artesanos privilegiados, dentro de una sociedad rígidamente jerarquizada, donde la nobleza era la clase dirigente y los trabajos mecánicos mantenían su consideración de “infames”.⁴¹ Livinio ya pertenece a la nueva clase social, la burguesía, que se enriquece en los negocios y a quienes el vivir de las “artes y los oficios” no va a ser obstáculo para gozar incluso del privilegio de nobleza, el más alto estímulo para “todos los hombres laboriosos del estado general”.⁴²

Los Vandergoten fueron realmente extranjeros en tierra extraña. Nunca regresaron a su lugar de origen y formaron un núcleo familiar poco permeable que les impidió identificarse plenamente con la sociedad madrileña. Livinio hizo viajes a su tierra natal y siempre se relacionó con la colonia flamenca de Madrid, que tenía su sede en Hospital de San Andrés de los Flamencos, de cuya junta directiva fue diputado y bienhechor, pero se casó con una española, participó activamente en la política municipal y tuvo cargos de responsabilidad en una asociación de labradores que le obligaron a defender los intereses de sus convecinos.

Entre las obligaciones de los oficiales que ayudaban en la dirección a Cornelio estaba la de acudir a los Reales Sitios cuando se contrataba una obra nueva, o se retiraban tapices y alfombras para su restauración. Nada más llegar a la Corte, Livinio había solicitado el puesto de Ayuda Honorífico del Real Oficio de Tapicería y sabiendo lo importante que era el trato con los altos personajes de Palacio, no le fue difícil convencer a su tío de que su lugar no estaba en los talleres sino en las relaciones con los responsables de dicho Real Oficio y su figura agraciada y arrogante pronto sería familiar en dichas las dependencias.

Los oficiales que pensaban suceder a Cornelio Vandergoten en la dirección de la Fábrica, modestos artesanos poco duchos en lides cortesanas, comprendieron el peli-

⁴⁰ La descripción corresponde al plano de Antonio Carlos de Borbón, arquitecto de Obras Reales desde 1765. La fábrica sufrió ampliaciones posteriores hasta presentar un planteamiento en torno a tres patios. RABANAL YUST, Aurora: "El Real Sitio de San Fernando en la Arquitectura Industrial Española del siglo XVIII", en *Jornadas sobre el Real Sitio de San Fernando...*, op. cit., pp. 121-153.

⁴¹ El 18 de marzo de 1783 Carlos III emitió la Real Cédula que consideraba "los trabajos de curtidor, sastre, zapatero y otros a este modo son honestos y honrados y no envilecen la familia ni la persona".

⁴² PALACIO ATARD, Vicente: *Los españoles de la Ilustración*, Madrid, Guadarrama, 1964, pp. 84- 85.

gro que les amenazaba y con el apoyo del pintor José del Castillo elevaron un memorial al Conde de Floridablanca⁴³ exponiéndole su larga lista de agravios contra Livinio, el intruso que daba al traste con sus más queridas esperanzas, el que “lo mandaba todo” sin estar capacitado para el arte de la tapicería y que, según ellos, ni siquiera pertenecía a la familia Vandergoten, cuyo apellido “adoptó” después de llegar a España. Esta última acusación, producto del resentimiento, no era cierta: el padre de Livinio⁴⁴, Juan Bautista Stuyck Vandergoten, era hijo de una hermana de Jacobo Vandergoten “El Viejo”, llamada Susana, y por tanto primo segundo de Cornelio. Livinio sólo cambió el orden de sus apellidos para dar más fuerza a sus pretensiones sobre la sucesión en el cargo. Entre tanto, Cornelio, sin duda complacido con su primo, solicitaba al Rey que le concediera a éste la pensión de mil ducados anuales que antes disfrutaba su hermana María Teresa, fallecida en septiembre de 1782⁴⁵ y el nombramiento de Ayuda del Real Oficio de Tapicería; de momento sólo se le concedió el de Ayuda Honorario.

9. DE VOCACIÓN, PATRONO

En 1786 falleció Cornelio, el último de los Vandergoten, y con él se extinguió la familia de maestros tapiceros que durante 65 años habían estado al frente de la Real Fábrica de Tapices. Y es entonces cuando la estrella de Livinio inicia su ascensión. Al cumplir los 31 años se encontró en posesión de la fortuna de sus parientes y de los bienes legados por un oficial de contaduría, llamado Maturain Pepen. El capital de los Vandergoten ascendía a 3.823.909 reales, donde se incluían 125 acciones del Banco de San Carlos, 30 acciones de la Compañía de Filipinas, 18 vales reales, 8 casas en la capital, pertrechos de la fábrica, muebles, ropas, alhajas, alfombras, tapices, carruajes, animales de carga, el producto de la cosecha de varias fincas rústicas en los alrededores de Madrid, y algunos censos y deudas de las que era acreedor Cornelio Vandergoten. Era el momento de tomar esposa y Livinio se casó con una española, María de las Nieves Álvarez, natural de Lerma, a la que dotó con 100.600 reales en ropas, alhajas y 33 acciones del Banco de San Carlos.⁴⁶

En 1788 nació el primer hijo de María de las Nieves y Livinio, al que se le impusieron los nombres de Cornelio Silverio Antonio José, que falleció en la infancia. Después llegarían seis hijos más que alcanzaron la edad adulta: Gabino, Juan Bautista, José, Livinio, Ana María y Antonia. La familia se instaló en la rústica casa de los

⁴³ *Carta de Antonio Moreno al Conde de Floridablanca*, Madrid, 1786, A.G.P., leg. 280, Carlos III, ff. 61-65.

⁴⁴ *Certificado de la partida de bautismo de Livinio Giorgio Stuyck*, Bruselas, 23 de septiembre de 1775, A.H.R.F.T., leg. 8/9.2. Sobre la genealogía de los Vandergoten Stuyck: IPARRAGUIRRE, Enrique y DÁVILA, Carlos, *op. cit.*, p. 120.

⁴⁵ *Instancia de Cornelio Vandergoten a Miguel de Muzquiz*, Madrid, 2 de septiembre de 1782, A.H.R.F.T., leg. 24/1.4.

⁴⁶ *Copia de la partición de los efectos del difunto Sor. Dn. Livinio Stuyck entre su viuda María de las Nieves Álvarez e hijos*, Madrid, 28 de Agosto de 1822, A.H.R.F.T., leg. 10/2.1.

Vandergoten, en la que ese mismo año se hicieron obras de remodelación⁴⁷ y luego se alhajó con bellos muebles y refinados adornos propios de unos burgueses adinerados: vajilla y cubertería de plata, un piano de nogal, cómodas chinescas, un bargueños de ébano con incrustaciones de marfil, candelabros, espejos, cortinajes y mesas finas, junto a un magnífico dormitorio en nogal, cuyo suntuoso lecho nupcial fue valorado en 4.365 reales.⁴⁸ El rico vestuario, los carruajes y las joyas de María de la Nieves sugieren que la pareja llevó una notable vida social.⁴⁹

Por Real Orden de 11 de junio de 1786 Livinio fue nombrado Director de la Real Fábrica de Tapices y en 1790 una Real Cédula le renovará la contrata con la Casa Real en los mismos términos que la tuvieron los Vandergoten.⁵⁰ En 1787 pidió permiso al Rey para ir a Flandes, dejando encargado de la fábrica a su primo, Juan Bautista Stuyck, que trabajará en ella como dibujante, y que estaba casado con una hermana de María de las Nieves, la esposa de Livinio.⁵¹

Bajo la dirección de Livinio la manufactura continuó siendo un próspero negocio, aunque siempre con el problema recurrente de la escasez de pintores. Hasta finales de siglo la Real Fábrica trabajará a pleno rendimiento para la Casa Real: en 1781, entre otros Ramón Bayeu hará los cartones de tapices para la cámara real del Pardo, Goya los de la cámara y dormitorio de los príncipes, Nany los de la torre de la Princesa y del infante D. Carlos, Barbaza los del el cuarto del Infante D. Antonio y antecámara de la Princesa; además se retocan las cenefas para el cuadro de la Anunciación del Palacio de Madrid y se tejen cinco alfombras de tapicería. En 1782 la producción con destino al Palacio del Pardo y San Lorenzo del Escorial sigue al mismo ritmo y en los años sucesivos se incorporan algunos clientes importantes, como el embajador de Portugal. En 1787 pintarán 11 cartones para tapices Zacarías Velázquez y Maella, quien también realiza varios cuadros para el comedor de El Pardo. A finales de la década trabajarán, junto a los pintores mencionados, Bernardo Lazcano, Agustín Navarro y Joseph Camarón. De forma paralela se realizan los trabajos de compostura y limpieza de alfombras o tapicerías y se tejen alfombras nuevas para las Casas de Campo de El Escorial, El Pardo, etc. En opinión de algunos autores, el alto ritmo de producción mantenido durante estos años tuvo como consecuencia que las obras salidas de la Real Fábrica no tuvieran la calidad de otras épocas.⁵²

El problema de la falta de pintores aparece de forma reiterada a largo de esta etapa. El 18 de enero de 1800 Livinio expone al Rey la situación en la fábrica, sin encar-

⁴⁷ *Representaciones de Livinio Stuyck al Rey pidiendo permiso para realizar obras en el edificio de la Real Fábrica*, Madrid, 17 de agosto de 1786, 21 de mayo de 1790 y 1 de junio de 1802, A.H.R.F.T., leg. 24/4.3.

⁴⁸ *Loc. cit.* (nota 46), ff. 12-13v.

⁴⁹ *Ibidem.*

⁵⁰ *Expediente sobre la petición de Livinio Stuyck al Rey del puesto de Director de la Real Fábrica de Tapices*, Madrid, 27 de marzo, 29 de mayo y 2 de junio de 1786, A.H.R.F.T., leg. 24/2.1.

⁵¹ *Ibidem.*

⁵² Hay noticias referentes a las cuentas con medidas, motivos y pintores, junto a los certificados del Jefe del Real Oficio de Tapicería de las obras realizada en estos años y recibos al Tesorero General, Marqués de Zambrano, en A.H.R.F.T., legs. 4 /1.1 al 4/1. 23.

gos, y pide que los pintores hagan cartones al nuevo estilo⁵³, y que entre tanto le dé la orden de tejer los tapices para los cuartos de los Infantes Gabriel y María Ana, en El Escorial, con los cuadros que había en la Real Fábrica pintados, entre otros, por Goya y Bayeu. A finales de mes una Real Orden mandaba que los pintores realizaran cartones para que no se interrumpiera el trabajo en la manufactura y en marzo los Pintores de Cámara Francisco de Goya y Mariano Maella son requeridos, también por Real Orden, para que presenten al soberano ejemplares nuevos de tapices y alfombras, porque los pintores con sueldo debían pintar motivos de alfombras, algo que disgustaba profundamente a Goya.⁵⁴ En diciembre del mismo año los telares vuelven a trabajar en tapices, sobrepuestas, alfombras, entrepuertas y entreventanas sobre cartones de Goya, Juan Duque y Juan Bautista Stuyck, para los palacios de Madrid, El Pardo y la Casa del Labrador de Aranjuez, junto con los dibujos para tapices de la Parroquia de San Antonio de Aranjuez.

En 1785, tras un intervalo de cuatro años, Goya vuelve a trabajar en la fábrica, realizando los cartones para seis sobrepuestas y seis paños de fachada para el comedor del Rey en El Pardo, con alegorías de las cuatro estaciones y escenas de niños, consideradas como las más destacables de esta época; en 1789 es nombrado Pintor de Cámara y sus nuevas obligaciones le distraen de su trabajo en la fábrica, que abandona definitivamente en 1792. Livinio seguirá contando otros grandes artistas de la categoría de Maella, José del Castillo, Andrés de la Calleja, Antonio González o Ramón Bayeu. Los tapices ya no se concebían como colgadas sino decoraciones murales fijas, enmarcadas en magníficas molduras de madera como las realizadas por el Arquitecto del Rey Jaime Marquet. La Casa Real siguió siendo su principal cliente, y en los talleres de retupido siempre había tapices y alfombras⁵⁵ de los Reales Sitios que reclamaban compostura. También se atendían encargos de personajes de la nobleza, como la Duquesa de Alba, o políticos de relieve como Godoy o el Ministro Miguel Múzquiz.

Durante los primeros años del nuevo siglo XIX en la Real Fábrica se hicieron tapices para el dormitorio del Rey, la habitación de la Princesa en el Palacio Real de Madrid, para la servidumbre de la Reina y tapices, alfombras, entrepuertas y tapetes para la Casa del Labrador de Aranjuez, Palacio de El Pardo, Real Sitio de Aranjuez, etc., basados en los cartones de los pintores ya mencionados.⁵⁶

⁵³ *Memorial de Livinio Stuyck al Rey, exponiendo la situación de la Real Fábrica*, Madrid, 18 de enero de 1800, A.H.R.F.T., leg. 9/8.2.

⁵⁴ *Oficio de Manuel Cayetano Soler a Livinio Stuyck*, Madrid, 31 de enero de 1800, A.H.R.F.T., leg 9/8.3. En los legs. 9/8.4 y 9/8.5. hay más noticias sobre el mismo asunto.

⁵⁵ La Real Fábrica de Tapices tuvo que competir en el siglo XVIII con otras fábricas de Madrid dedicadas exclusivamente a la confección de alfombras. GARCÍA SANZ, A.: "Las fábricas de alfombras madrileñas del siglo XVIII", *Jornadas sobre el Real Sitio de San Fernando...*, op. cit., pp. 157-167.

⁵⁶ *Loc. cit.* (nota 52).

10. LIVINIO, HOMBRE RICO

En los años de bonanza Livinio se enriqueció aún más. Las ganancias obtenidas en la industria familiar fueron invertidas con acierto, no exento de oportunismo, en una casa en la calle del Reloj, y otra de nueva planta en la de Regueros. Incluso en los años de la ocupación francesa adquirió más terrenos en Fuencarral, Vereda de Pastos, Valdezarza, Paseo de Chamberí y otra casa en la calle de San Antón. Con tesón, un gran tesón, y diplomacia, fue arrancando mercedes a los sucesivos monarcas, como el ansiado nombramiento de Ayuda de Número y Planta de Oficio del Real Oficio de Tapicería logrado en 1801, con salario de 5.000 reales anuales⁵⁷ el uso de un uniforme con el que fue inmortalizado en un bello retrato atribuido a Zacarías González Velázquez. En la pintura, Livinio luce la casaca y chupa de paño azul oscuro, ribeteadas con ancho galón de oro; lleva el cabello empolvado, con bucle sobre las orejas y coleta con lazo negro, según la moda tradicional que pronto sería desterrada por el propio Carlos IV. Toda la luz queda reflejada en el rostro, alargado, con pómulos altos, nariz larga y labios sensitivos, plegados en irónica sonrisa, subrayados por una barbilla enérgica; los ojos, grandes y azules, parecen sostener la mirada del espectador. Un rostro, en suma, que revela inteligencia y una cierta cautela.⁵⁸

Sin duda consciente de que dependía de la voluble voluntad real, Livinio fue un maestro en el arte de pedir. En 1795 solicitó y consiguió que los encargos del Rey se le pagaran en efectivo y no en vales reales, que eran los títulos de la Deuda emitidos por primera vez en 1794 para cubrir los gastos de la guerra con Francia. En 1797 pidió una parte de la venta de esteras, cotones y demás “gajes” desechados en el Real Oficio de Tapicería.⁵⁹ Un año después, en 1798, en cumplimiento de un Real Decreto de 27 de mayo, Livinio tuvo que entregar un donativo “voluntario” de 5.000 reales para contribuir a los gastos de otra guerra, esta vez contra Inglaterra.

Lejos de desanimarse Livinio siguió con sus demandas: en 1799 pide un adelanto de 300 pesos para pagar a sus empleados y en 1800 reclamó para su esposa la pensión que disfrutaba hasta su muerte la viuda de Cornelio Vandergoten; también esta vez fue atendida su solicitud. En 1802 pidió que se le concedieran exenciones en la compra de comestibles y materiales para la fábrica que ya disfrutaban los Vandergoten, cosa que le fue concedida y seguramente animado por el éxito también demandó que los oficiales de sus talleres pudieran usar escarapela roja. En 1805 solicitó para sus hijos mayores Gabino y Juan⁶⁰ los puestos de Ayudantes Honoríficos, pero sólo les dieron los de Mozos, sin sueldo, con la advertencia de que por esta vez tuviera paciencia. Incluso después de la llegada del Rey intruso en la fábrica se siguieron reci-

⁵⁷ *Representación de Livinio Stuyck al Rey pidiendo que se le designe Ayuda del Real Oficio de Tapicería*, Madrid, 15 de enero de 1801, A.H.R.F.T., legs. 8/7.30 y 8/7.31.

⁵⁸ El cuadro pertenece a la colección particular de Livinio Stuyck Pérez de Camino, anterior Director de la Real Fábrica de Tapices.

⁵⁹ *Representación de Livinio Stuyck y Juna Bautista Stuyck al Jefe del Real Oficio de Tapicería*, Madrid, 1798, A.H.R.F.T., leg. 9/11.13.

⁶⁰ Sobre las demandas de Livinio A.H.R.F.T., legs. 24/6.2, 24/6.5 y 24/6.6.

biendo encargos de Palacio y todavía en marzo de 1809, Peregrino de Llandares, Controlador General de la Real Casa, emitió un certificado de la obra de tapicería realizada desde 1807 hasta esa fecha.

La situación de prosperidad de la Real Fábrica de Tapices terminaría pronto, porque todo el dinero de que disponía José Bonaparte fue insuficiente para soportar los gastos del conflicto; la guerra interrumpía el cobro de impuestos y todos los ingresos disponibles estaban empeñados en el mantenimiento del ejército. Después de la tragedia de la invasión, nada volvería a ser igual para el Director de la Real Fábrica, ni en lo personal ni como responsable de una industria hasta entonces modelo.

11. LIVINIO, HOMBRE PÚBLICO

Livinio no se conformó con ser un hombre adinerado, también quería un lugar público y destacado en la sociedad: como era de esperar en una persona de su inteligencia y su ambición consiguió el rimbombante nombramiento de Teniente de Alcalde de la Santa y Real Hermandad de Hombres Buenos y Labradores de la Villa de Madrid y después el de Alcalde de Barrio del Barquillo de Afuera. Por Real Cédula de 8 de junio de 1802 la capital quedó dividida en 10 cuarteles y 64 barrios. El cuartel del barrio del Barquillo comprendía los de las Salesas, Guardias Españolas, San Antón, Niñas de Leganés, Capuchinas, San Pascual, Mercenarias y San Luis. Los nombres aludían a los edificios más notables, en su mayoría conventos que se elevaban por encima del modesto caserío. El Barrio del Barquillo de afuera comprendía toda la zona extramuros correspondiente a dicho cuartel.

Como responsable de la Hermandad de Labradores, Livinio protegía los intereses de aquel sector tan importante de la clase trabajadora, regulando su actividad en los conflictos de competencias, como el abandono de reses en terrenos ajenos al propietario, las denuncias de robos de fruta o grano, la presencia de animales pastando lejos de sus campos, e incluso causas criminales como agresiones a los afiliados a la Hermandad o el hallazgo de un cadáver en una huerta de su jurisdicción.⁶¹

Los alcaldes de barrio, creados por Real Cédula de 6 de octubre de 1768, tenían múltiples competencias y una jurisdicción criminal tan amplia como cualquier alcalde ordinario en su pueblo. Se ocupaban de mantener orden público, de enviar a los mendigos sin domicilio al Hospicio o al Hospital General y llevar a los niños abandonados a la Inclusa y otros orfanatos. También elaboraban la matrícula de los vecinos y si alguno quería cambiar de residencia fuera del barrio debía recabar su autorización. Si alguien quería desplazarse fuera de la capital, incluso a una localidad cercana, el alcalde de barrio debía proporcionarle un pasaporte con su descripción física que sirviera de identificación.

Estos cargos, que dieron a Livinio poder y satisfacción, estuvieron a punto de causar su desgracia a manos de los soldados de Napoleón. Pero también le sirvieron para

⁶¹ Hay varios expedientes sobre conflictos dirimidos por la Hermandad de Labradores, A.H.R.F.T., leg. 7. No sabemos la fecha del nombramiento de Livinio Stuyck como Alcalde de Barrio, en 1815 se le confirmaba en el cargo que tenía “antes de la invasión francesa”, A.H.R.F.T., leg. 8/13. 2

identificarse con la ciudad que le había acogido y en la que viviría y moriría como un madrileño más.

12. LOS DESASTRES DE LA GUERRA

En el invierno de 1807 las tropas de Napoleón, amparado en el Tratado de Fontainebleau, cruzaban los Pirineos, en teoría como ejército aliado para la conquista de Portugal, pretexto que enmascaraba una ocupación de España en toda regla. Los sucesos políticos que acontecieron en nuestro país entre noviembre de 1807 y marzo de 1808 fueron una serie de disparates con episodios como proceso de El Escorial, un complot para poner a Fernando en el trono, o el Motín de Aranjuez, con el que finaliza el reinado de Carlos IV, que abdica en su hijo Fernando. El 23 de marzo de 1808, Joaquín Murat, Gran Duque de Berg, cuñado y lugarteniente del Emperador, entró al frente de sus tropas en un Madrid prácticamente desguarnecido y al día siguiente lo hizo Fernando ya convertido en Rey. En abril, Carlos IV y su heredero aceptaron a entrevistarse en Bayona con Napoleón, delegando el poder en una Junta Suprema de Gobierno, de la que Murat pasaría a ser Presidente, por orden de Carlos IV: en una de las páginas más deshonorosas de nuestra historia, Fernando devolvió la corona a su padre, que la puso en manos de Napoleón y éste colocó a su hermano José en el trono de España y de las Indias.

La tranquilidad de la familia Stuyck se vio rota por el drama brutal de la invasión francesa. Napoleón había ordenado el traslado a Francia de los últimos miembros de la familia de Carlos IV en unos momentos en los que menudeaban los enfrentamientos, y la tensión entre los madrileños y las tropas francesas que invadían la ciudad era ya extrema. Mientras, el Capitán General de Madrid, Javier Negrete, ordenaba que las tropas españolas se mantuvieran quietas y acuarteladas. La salida hacia el exilio de la Reina de Etruria y de sus hijos, especialmente el llanto del infante Francisco de Paula, colmó la paciencia del pueblo de Madrid, que se lanzó contra la guardia pretoriana de los intrusos, los mamelucos. Pese a la actitud de sus mandos, el ejército español también tuvo sus héroes, unos recordados como los Capitanes Daoiz y Velarde y el Teniente Ruiz, y otros menos conocidos pero igualmente nobles combatientes. La respuesta de los franceses fue brutal. Goya, que vivía cerca de la Montaña del Príncipe Pío, dejó su crónica de aquel del horror en “Los fusilamientos del 3 de mayo” y “La carga de los mamelucos”.

En los días siguientes al levantamiento del 2 de mayo de 1808, los Stuyck permanecieron en su casa y no sabemos si su vida, o la de la Real Fábrica, se vieron estorbadas. Cerrado el incidente, Murat trató por todos los medios de restarle importancia, llegando a mantener los teatros de Madrid abiertos para dar más apariencia de normalidad. Pero las noticias de lo sucedido en la capital se extendieron pronto a todos los rincones del país y desde Móstoles a los más apartados confines llegaría la llamada que convocaba a la lucha contra los invasores.

El 7 de julio José Bonaparte juraba la Constitución de Bayona y se trasladaba a España. El 29 de julio, después de la derrota de Bailén, el Rey intruso abandona la capital y a finales de año Napoleón en persona está de nuevo a las puertas de Madrid.

Desde Chamartín el Emperador puedo contemplar una ciudad que se apresta a la defensa los ínfimos recursos dispuestos por el Gobernador Militar Tomás de Morla, como los fosos abiertos ante ciertas puertas de la muralla, entre ellas el portillo de Santa Bárbara, unas pocas barricadas levantadas desempedrando la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo y algunas fortificaciones en El Retiro. La capital se rindió el día 4 de diciembre. Livinio se solidarizó con la causa nacional entregando 180 varas de lienzo crudo para los españoles combatientes voluntarios de la villa.⁶²

Dos días antes, ante la inminente llegada de los franceses, los Stuyck dejaron su domicilio en la Fábrica de Tapices y se refugiaron en Madrid, para no verse atrapados entre dos fuegos. El vecino Portillo de Santa Bárbara había sido tapiado ante la amenaza de las tropas enemigas; la fábrica, situada extramuros, quedó peligrosamente aislada y fue invadida y saqueada por los soldados franceses que se instalaron en ella de forma provisional, causando grandes destrozos.⁶³

Cuando la familia Stuyck volvió a su hogar encontraron en él las huellas de la barbarie. Tanto la fábrica como la huerta y la propia casa del director habían sido asaltadas por los franceses, que establecieron en ellas su cuartel durante cinco días, destrozando los telares y otros aperos de los talleres y utilizando los tapices y alfombras como lechos para ellos y sus monturas. El relato de la vandálica ocupación de la fábrica fue utilizado por Livinio cada vez que necesitaba ayuda por parte de las autoridades josefinas, o del propio monarca, para que su decaído negocio siguiera funcionando, y así en febrero de 1810 elevó a José Bonaparte un memorial en el que pedía que conforme al Decreto de Liquidación de la Deuda Nacional se le pagaran los créditos que se le adeudaban del reinado de Felipe V y otras cantidades no percibidas⁶⁴; y de forma casi simultánea rogaba que se le reintegraran las pérdidas causadas por las tropas francesas en diciembre de 1808.⁶⁵ De momento no consiguió nada, pero acostumbrado a pedir como estaba, no se desanimó.

Entre tanto, Livinio recibe la orden de entregar los tapices y alfombras de Manuel Godoy, que desde el Motín de Aranjuez que precipitó la caída del favorito, se custodiaban en la Fábrica de Tapices. Una parte de dichos tapices se subastó y el resto fueron enviados entre otros al Mariscal Jourdan, alojado en el palacio de Doña María de Aragón y al Conde de Melito, por entonces Intendente Real.⁶⁶

Bonaparte, tanto o más necesitado de dinero que los Borbones, ordenó la recalificación de la Fábrica de Tapices, para ver si debía seguir con las prerrogativas de que gozara hasta entonces, o si era preferible cambiar las características del negocio. Haciendo gala de su diplomacia, Livinio consiguió esta vez interesar al rey intruso en la necesidad de mantener a flote una industria única en su género, donde se habían creado tantas obras maestras y donde trabajaban muchas familias que quedarían en la

⁶² A.H.R.F.T., leg. 8/2.5.

⁶³ *Memorial de Livinio Stuyck a José I*, Madrid, 24 de febrero de 1810, A.H.R.F.T., leg. 10/1.4.

⁶⁴ *Memorial de Livinio Stuyck a José I*, Madrid, 24 de Febrero de 1810, A.H.R.F.T., leg. 10/1.5.

⁶⁵ *Loc. cit.* (nota 14).

⁶⁶ *Relación de las alfombras que se remiten desde la Real Fábrica de Tapices al palacio de Doña María de Aragón*, Madrid, 8 de marzo de 1809, A.H.R.F.T., legs. 8/8.24 y 8/8.6.

miseria sin su apoyo. En febrero de 1810 dirigió otro memorial a José Bonaparte pidiéndole que le eximiera del pago de 4.000 reales que se le pedían en su condición de poseedor de tierras de labranza.⁶⁷ Los argumentos de Livinio, que aprovechó para recordar otra vez los destrozos sufridos tanto en la fábrica como en la casa y huerta del director por la soldadesca, convencieron al Rey, que le concedió los 12.000 reales de vellón que eran indispensables para que los telares siguieran funcionando y los 60 empleados, entre hombres mujeres y niños que trabajaban en la Real Fábrica, no quedaran en la calle.⁶⁸

En 1811 la urgencia en el abastecimiento de comida para proveer al ejército hizo que Bonaparte exigiera a los agricultores que le entregaran la totalidad del producto de sus cosechas. Tanto Livinio como los otros Alcaldes de la Hermandad de Labradores trataron de negociar con el Corregidor de la Villa, Dámaso de la Torre, para que aplazara el cumplimiento de la Real Orden de 23 de junio d 1811, que dejaba a los campesinos sin semillas para sembrar.⁶⁹ En su desesperada lucha, Livinio Stuyck y los otros Alcaldes de la Hermandad elevaron representaciones al Consejo de Estado, al Prefecto de Policía, al Ministro de la Guerra, al de Hacienda y al Corregidor de la Villa, tratando de dilatar el plazo de entrega del impuesto. Livinio por su parte suplicaba a Peregrino de Llandares, antiguo Controlador General de la Real Casa, Capilla y Cámara de S.M., y ahora Intendente Real, para que intercediera ante el Rey y consiguiera alguna demora en la entrega del grano. No sólo se les negó el aplazamiento sino que se les amenazó con ser pasados por las armas si no cumplían la orden de Bonaparte. Pero Livinio no se rendía fácilmente y en contra todo pronóstico, con súplicas y razones, consiguió que los labradores entregaran sólo la mitad de lo exigido en grano y el resto en dinero y de forma aplazada, lo que les aseguraba una nueva cosecha.⁷⁰

La omnipresente guerra mantuvo a José Bonaparte al límite de sus recursos y, como ya habían hecho sus antecesores en el trono, recurrió a medidas desamortizadoras sobre las propiedades de la Iglesia y de la beneficencia e incluso se dispuso de algunos bienes del Real Patrimonio. La casa donde se alojaba la Fábrica de Tapices, propiedad de la Corona, salió a pública subasta y sólo la enérgica gestión de Livinio Stuyck, que se ofreció incluso a comprar el edificio⁷¹, evitó nuevamente la catástrofe de la desaparición de la industria. Aunque su oferta no fue aceptada, la subasta no se llevó a cabo y Livinio siguió dirigiendo la Real Fábrica en los mismos términos que hasta entonces.

⁶⁷ *Memorial de Livinio Stuyck a José I*, Madrid, 27 de febrero de 1810, A.H.R.F.T., leg. 10/1.8

⁶⁸ *Informe de Livinio Stuyck al Conde de Melito*, Madrid, s.f., posterior a 1809, A.H.R.F.T., leg. 8/8.13. Fuera de nómina también trabajaban un buen número de hilanderas.

⁶⁹ *Expediente sobre la obligación de todos los labradores a contribuir con grano*, Madrid, 9 de agosto de 1811, A.H.R.F.T., leg. 7/4.1.

⁷⁰ *Decreto de José I en loc. cit.* (nota 69).

⁷¹ *Expediente sobre franquicias y venta de la casa, 1809-1813*, Madrid, 1809-1810, A.H.R.F.T., leg. 24/7.1.

13. LIVINIO Y LOS GUERRILLEROS

Con la Nación en crisis, el poder fragmentado en Juntas y el ejército rechazado o dividido en su actitud hacia los franceses surge la guerrilla, que fue la reacción de un pueblo que no quiso someterse al intruso, al que combatió con chuzos, armas domésticas y de labranza, con un exaltado espíritu de independencia. Además, Napoleón era el enemigo de la religión, “el Anticristo”, y los seminarios, conventos y colegiatas fueron cantera de combatientes que cambiaron los hábitos por lo que sería su uniforme en adelante, la zamarra.⁷²

Pero en un país que padecía una guerra sin frentes fijos, con una ocupación alternativa de las ciudades y lugares por los distintos bandos, podemos suponer cuántos odios, venganzas y ajustes de cuentas tendrían lugar entre los ciudadanos, los unos por supuesto colaboracionismo y los otros por oponerse al invasor.

Los sucesos reales que acontecieron en la Fábrica de Tapices tienen un carácter casi novelesco, producto de la decisión de aquellos que interpusieron el sentimiento nacional a cualquier otra consideración. En cuanto a los protagonistas, no podían ser de origen más dispar: el cura Merino fue un sacerdote que prefirió vestir una sotana destrozada en cien batallas a su uniforme de general de las tropas españolas. Juan Martín “El Empecinado” era un modesto agricultor cuyo legendario valor y fuerza física mantuvo en jaque al poderoso ejército francés. Sus hazañas le valieron el grado de Brigadier. Y el flamenco Livinio Stuyck Vandergoten, Director de la Real Fábrica de Tapices, que desde los primeros momentos de la invasión se opuso a Bonaparte de cuantas formas le fue posible y que colaboró con los anteriores en la defensa de la patria que había adoptado como suya.

Juan Martín Díez, “El Empecinado”, era un personaje legendario que ante la invasión francesa había abandonado su oficio de labriego para organizar una partida de guerrilleros con sus propios familiares y amigos. Más tarde se uniría al ejército, pero tras la batalla de Medina de Rioseco, donde las fuerzas españolas sufrieron una terrible derrota, Juan Martín decidió hacer la guerra por su cuenta, a la cabeza de un grupo de leales a los que se suman desertores, delincuentes y otras gentes de dudosa procedencia. Aranda, Covarrubias, Lerma, Sepúlveda, Pedraza y toda la comarca del Duero serán el escenario donde se forjará la leyenda de aquel hombre de fuerza hercúlea, que busca los puntos estratégicos donde acechar a los soldados y mercancías del invasor, para matar a los supervivientes, apropiarse del botín y huir. El alto mando francés llegó a designar un joven General, Joseph Leopold Hugo, para que acabara con Juan Martín, pero éste escapa a su persecución a base de combates de gran movilidad en los que recibe ayuda de los lugareños.

Pronto el nombre de “El Empecinado” se repetirá en ripios y cantares, en 1811 un periódico valenciano que lo describe como “De color muy moreno,/bigote negro y ancho,/ de estatura mediana/ aunque gentil el garbo/ semblante de guerrero/ anunciador de estragos/...”. Ese año mandó el Regimiento de Húsares de Guadalajara lucien-

⁷² ABELLA, Rafael y NART, Javier: *Guerrilleros. El pueblo español en armas contra Napoleón (1808-1814)*, Madrid, Temas de Hoy, 2007.

do los entorchados de brigadier que la Junta Central le había concedido un año antes. Las tropas de “El Empecinado” dominaron todo el territorio alcarreño: Atienza, Brihuega, Trillo, haciendo incursiones por tierras de Soria o Medinaceli, aventurándose por Arganda hasta pisar el suelo de Madrid. Más tarde lucharía en Aragón con distinta fortuna. No le faltaron intrigas, envidias y traiciones en las filas de sus propios guerrilleros. Fue herido en varias ocasiones y pese a su robusta naturaleza enfermó seriamente en los tres años de continuo guerrear, llevando una vida durísima de riesgo y penalidades que hubieran quebrantado a otro hombre menos fuerte de cuerpo y de espíritu.

En junio de 1812 “El Empecinado”, junto a otros destacados guerrilleros, recibió de Lord Wellington, emisario del Regente de Gran Bretaña, un lujoso sable y dos magníficas pistolas por su actuación contra los franceses.

A los combatientes contra Napoleón se les llegó a conocer con el nombre de “empecinados”, y fueron forjadores en buena parte del triunfo⁷³ contra el invasor, pagando con el tributo de sus vidas la libertad de la patria.

Poco tiempo después de la derrota francesa de Bailén se encontraron por primera vez “El Empecinado” y el cura Merino, que mandaba una guerrilla por tierras burgalesas. Fue una breve toma de contacto que les sirvió para intercambiar noticias de la campaña.

Al inicio de la invasión francesa Jerónimo Merino era párroco de Villoviado, cerca de Lerma. Fue apresado y maltratado por las tropas de Napoleón pero consiguió escapar gracias a su gran fortaleza física, jurando vengar la ofensa a su dignidad de religioso organizando una partida para luchar contra el invasor. Hombre duro y cruel en sus represalias, supo atraer a otros hombres de iglesia y pronto su partida llegó a convertirse en el Regimiento de Infantería de Arlanza. En 1809 planea junto a “El Empecinado” la toma de Roa. Después se separaron en Guadalajara.

Desde entonces ascendió de forma rápida pasando de Coronel en 1811 a Brigadier en 1812. Al mando del Regimiento de Húsares de Burgos se integró en el VII Ejército de Mendizábal. Su carrera militar sobrepasó a la Guerra de la Independencia.⁷⁴

Mientras en Cádiz se aprobaba la Constitución, Madrid agonizaba. De toda la etapa de la dominación francesa, el año 1812 marcó un hito de muerte y desolación en la martirizada capital, pasando a la historia de nuestro país como uno de los momentos más catastróficos del siglo. Todo el territorio nacional estaba agotado tras cuatro años de guerra brutal y destructiva y la escasez creciente de alimentos hizo que ya en 1811 subiera el precio del trigo de forma astronómica. En Madrid, donde la aglomeración humana era masiva, el abastecimiento se vio doblemente dificultado por la acción de la guerrilla, que impedía el paso del grano desde Castilla, La Mancha y Toledo; más de ocho mil heridos y enfermos se agolpaban en hospitales, hospicios y otros centros benéficos. El pintor José Aparicio immortalizó la escena de soldados franceses que cedían su ración a los madrileños, horrorizados ante el horrible espectáculo que ofre-

⁷³ *Ibidem*, pp. 197-214.

⁷⁴ *Ibidem*, pp. 255-265.

cían muchas personas expirando de hambre en plena calle.⁷⁵ En los establecimientos benéficos la situación era estremecedora, por ejemplo en la Inclusa, donde se recogía a los niños expuestos, murieron ese año más chiquillos de los que ingresaron, porque cada una de las escasas nodrizas del establecimiento tenía que amamantar hasta trece criaturas.⁷⁶ Menudearon los actos vandálicos, como asaltos a las tahonas y desde el propio Palacio Real se repartieron sopas y pan a los más necesitados.

En aquel ambiente de miseria y desesperación, Livinio fue acusado de reunirse con los guerrilleros dentro de la fábrica, en cuyo recinto vivían algunos trabajadores con sus familias y es posible que la delación se originara allí mismo. Livinio no gozaba del aprecio de todos sus empleados, con los que había tenido algunas disputas domésticas; incluso había sido denunciado por éstos por recurrir a métodos poco ortodoxos, ya practicados por los Vandergoten, para desalojarlos de sus casas, como mandar que se depositara basura ante sus puertas, regándola luego para causar mayor molestia. Por otra parte, los bonapartistas recurrieron a cuantos métodos estaban a su alcance para establecer redes de espionaje. Un servicio de información en el que tomaron parte gentes de muy distinta clase, una veces de forma voluntaria y otras bajo coacción, o pagados por los franceses, rodeados de una inmensa mayoría de la población hostil al rey intruso.

De cualquier modo, las denuncias contra el Director de la Fábrica de Tapices parece que tenían fundamento: según su propio testimonio, Livinio había entrado en contacto con los guerrilleros a través de Manuel Marco, casado unos meses antes con su hija Antonia, un labrador de Mejorada del Campo que colaboraba con las guerrillas y conocía bien a “El Empecinado” y a Merino.

El ejército francés fue derrotado en los Arapiles, el 22 de julio de 1812; José Bonaparte abandonó la capital el 9 de agosto, camino de Leganés donde estaban las divisiones de Palombini que le protegerían en su retirada. El 12 de agosto Wellington, acompañado por “El Empecinado” y otros jefes de la guerrilla, hizo una apoteósica entrada en Madrid, entre el entusiasmo y la alegría de las gentes, aunque la presencia del general británico y sus hombres duraría poco en la capital. El 31 de agosto José Bonaparte llegó a Valencia y en noviembre volvería de nuevo Madrid, para abandonarlo definitivamente en marzo del año siguiente, siguiendo el repliegue hacia el norte de los ejércitos franceses.

La primavera de 1813 era un momento doblemente peligroso ante la derrota que los franceses preveían inminente. Tras la retirada de José I, Leval, Gobernador de Madrid y su provincia y el General Hugo, comandante de la ciudad, debían controlar una urbe desabastecida, prácticamente sin alumbrado y con numerosos desordenes públicos. Los hombres de “El Empecinado” esperaban en Alcalá de Henares a los ingleses y otras fuerzas españolas de Andalucía.

⁷⁵ MESONERO ROMANOS, Ramón: *Memorias de un setentón*, Madrid, B.A.E., 1975; MERCADER I RIBA, Juan: *José Bonaparte, rey de España (1808-1814). Historia externa de un reinado*, Madrid, C.S.I.C., 1971, p. 302.

⁷⁶ VIDAL GALACHE, Florentina y VIDAL GALACHE, Benicia: *Bordes y Bastardos. Una historia de la Inclusa de Madrid*, Madrid, Compañía Literaria, 1994, pp.73-74.

En aquel ambiente de rabia y pesimismo, la Real Fábrica de Tapices fue de nuevo invadida por unos soldados españoles, mandados por irritados oficiales franceses, que llegaron a disparar sobre el Director, acusándolo de colaborar con los guerrilleros que actuaban ya en las inmediaciones de Madrid, y sobre sus empleados, destrozando cuanto encontraron a su paso. Livinio fue encarcelado y no sabemos qué suerte hubiera corrido su vida de no producirse la salida de los franceses de Madrid el 27 de mayo, acosados por las tropas de “El Empecinado”. Las autoridades bonapartistas y los afrancesados que les acompañaban se llevaron en más de 300 coches toda clase de objetos de valor: muebles, cuadros, enseres y joyas procedentes de Palacio y de numerosos particulares.

La Guerra de la Independencia causó un enorme desastre en el patrimonio artístico de España. Dejando a un lado los efectos directos de las batallas en edificios de señalado valor, fue notable la destrucción vandálica y los saqueos protagonizados por franceses, británicos y sus combatientes aliados de otras procedencias e incluso por los españoles. La Regencia, que asumiría el poder hasta la llegada de Fernando VII, pedirá al Director de la Real Fábrica de Tapices que elabore relaciones de los muebles, tapices, cuadros y alfombras que quedaron en la fábrica tras la partida de los franceses, así como de las casas donde hubiera muebles de Palacio y de lo encontrado en la Fábrica de Cristal.⁷⁷ Mas tarde a Livinio, como Alcalde de Barrio, se le pedirían datos sobre personas fugadas con los invasores, y en calidad de Director de la Real Fábrica de sus propios empleados y de los individuos del Real Oficio de Tapicería que figuraban en las listas de depurados. Para Fernando VII había sonado la hora de ajustar cuentas: a los que colaboraron con José Bonaparte, de grado o por fuerza, que abandonaron el país, se les prohibió el regreso y se les confiscaron sus bienes. Los que se quedaron, los liberales y sus amigos, sufrieron humillantes “purificaciones” o procesos con escasas garantías, acusados de colaborar con el invasor. Es de suponer cuántas envidias enconadas y antiguas rencillas encontrarían entonces su oportunidad de venganza.

Algún tiempo después, el desagradable episodio de su encarcelamiento a manos de los franceses fue aprovechado por Livinio para obtener ayudas que le permitieran levantar el decaído negocio; en septiembre de 1813 ya solicitaba de la Regencia un adelanto de 20 reales mensuales sobre los 150 que le correspondían de salario, para pagar a sus oficiales.⁷⁸ Ya hemos visto que Livinio era maestro en el arte de pedir y en esta ocasión consiguió el nombramiento de Comisario Electo del Ayuntamiento para Abastos Públicos⁷⁹. También fue confirmado como Director de la Real Fábrica

⁷⁷ *Inventario de los tapices y cuadros pertenecientes al Gobierno que quedaron en la Real Fábrica*, Madrid, 3 de septiembre de 1813, A.H.R.F.T., leg. 24/7.5. Más noticias en A.H.R.F.T., legs. 24/7.6, 24/7.7 y 24/7.8.

⁷⁸ *Representaciones de Livinio Stuyck a la Regencia y al Intendente General*, Madrid, 3 de septiembre de 1813, A.H.R.F.T., leg. 24/8.1.

⁷⁹ *Certificado del escribano Víctor Antonio de Ariniz del nombramiento de Livinio Stuyck como Comisario Electo de Abastos Públicos*. Madrid, 23 de diciembre de 1815, A.H.R.F.T., leg 8/2.2.

de Tapices y en sus cargos de Alcalde de Barrio y Alcalde de la Hermandad de Labradores, que debían ser ratificados cada año.

14. BORRÓN Y CUENTA NUEVA

Fernando VII vuelve a Madrid el 4 de mayo de 1814, deroga la obra constitucional y legislativa de las Cortes de Cádiz e impone un régimen absolutista radical que durará hasta 1820, pese a los intentos de derrocamiento.

Livinio, que desde el primer momento gozó de la confianza del monarca, se apresuró a solicitar, en unión de su primo Juan Bautista, que se les incluyera en la Nueva Planta y el uso del uniforme del Real Oficio de Tapicería. Por Real Orden de 17 de mayo de 1815 Fernando VII mandó que se recompensara a todos los maestros de artes y oficios que hubieran perdido su capital y taller por la invasión francesa. Livinio aprovechó la buena disposición real para pedir un empleo para su hijo Livinio, que tenía problemas con la vista, y para él el puesto de Oficial de Rentas, peticiones ambas que fueron denegadas.⁸⁰

Habían sido seis años de guerra cruel y devastadora. A la quiebra de la Real Hacienda se unió la progresiva pérdida de las colonias americanas y en la Real Fábrica de Tapices se acusaron también visiblemente los efectos de la ruina nacional. En 1814 se reciben en la fábrica algunos encargos de menor cuantía, como la confección de catres y sus colgaduras para la servidumbre de mayordomos, camareros y sumilleres de Palacio. Livinio intentó cobrar lo que se le adeudaba por la confección de alfombras y tapetes desde 1809 a 1815, mientras se hacían arreglos de recomposición y retupido de alfombras de la Casa Real.

El 4 de diciembre de 1815 se le comunicaba a Livinio una Real Orden de 26 de agosto por la cual se mandaba que la Sociedad Económica Matritense realizara una visita de inspección a la Fábrica de Tapices, para establecer los términos de la nueva contrata solicitada por él. Con la vuelta al los planteamientos del Antiguo Régimen, Fernando VII volvió a dar protagonismo a las viejas instituciones creadas en el reinado de su abuelo, como las Sociedades de Amigos del País, organismos no oficiales que colaboraban⁸¹ estrechamente con el gobierno. La visita de la Matritense a la Real Fábrica se llevó a cabo el 31 de agosto de 1816, de forma satisfactoria para Livinio que recibió el encargo de un tapiz para la cama del Rey, un encargo que tendrá que cobrar su hijo Gabino, porque Livinio Stuyck Vandergoten falleció el 30 de junio de 1817. Unos meses antes había recibido en la Real Fábrica la visita de Fernando VII quien, sin duda en consideración a los sufrimientos padecidos por Livinio durante la dominación francesa, siempre le distinguió con su confianza.⁸²

⁸⁰ A.H.R.F.T., legs. 24/ 8.5, 24/9.1 y 24/9.5.

⁸¹ *Expediente sobre la visita de inspección*, Madrid, 1815-1817, A.H.R.F.T., leg. 24/9.4.

⁸² *Comunicación de Livinio Stuyck al Mayordomo Mayor de S.M., Conde de Miranda*, Madrid, 13 de enero de 1817, A.H.R.F.T., leg. 24/9.7.

15. EPÍLOGO

En 1817, cuando murió Livinio Stuyck Vandergoten a los 61 años, respetado por su familia y gozando del reconocimiento del monarca y de la sociedad madrileña, la industria familiar no tenía el esplendor de los tiempos anteriores a la invasión francesa. La fortuna personal del Stuyck también había sufrido una considerable merma.

“El Empecinado” siguió luchando contra los franceses, destacándose en Alcalá de Henares y en el Puente de Zulema. En 1814 fue ascendido al rango de Mariscal de Campo. Durante el Trienio apoyó la causa liberal y fue nombrado Gobernador de Zamora. Fernando VII no le perdonó su colaboración con los liberales y Juan Martín “El Empecinado”, que tanto había sufrido por su patria y por su Rey, fue ahorcado en Roa, como un vil malhechor, el 20 de Agosto de 1825. Cuentan que en un arranque de desesperación y de fuerza quitó la espada, su espada, de las manos del oficial que le acompañaba al patíbulo. Mejor suerte le cupo al cura Merino, al que Fernando VII distinguió con una canonjía en Palencia, cargo que Merino abandonó por la actividad que mejor hacía: guerrear. El Trienio Liberal de 1820-1823 le llevó de nuevo a la guerrilla como declarado absolutista, en la vanguardia de los “Cien Mil Hijos de San Luis”. Tras el fallecimiento de Fernando VII se hizo carlista, convirtiéndose en uno de los líderes del movimiento en Castilla y participando en los sitios de Morella y Bilbao. Al declararse la paz por el Convenio de Vergara de 1839, Merino se marchó a Francia, junto al pretendiente Carlos María Isidro, y permaneció hasta su muerte en el país que tanto había combatido.

A los pocos días de morir Livinio, su viuda, acompañada de sus hijos Gabino y Juan, acudió ante el Rey para exponerle una insólita petición: aunque el mayor, Gabino, estaba de sobra capacitado para llevar el negocio, María de las Nieves deseaba dirigir personalmente la Real Fábrica de Tapices. Las razones, quizás familiares, debieron ser tan convincentes que el monarca accedió y por Real Orden de 13 de julio de 1817 María de las Nieves Álvarez, viuda de Stuyck, fue nombrada directora de una de las industrias madrileñas más representativas de aquellos tiempos. Un negocio difícil de gestionar dada la situación económica del país y por lo tanto necesitado de una mano de hierro como había sido la de Livinio Stuyck. Para cualquier persona inteligente y con capacidad de trabajo la tarea de regir los destinos de la Real Fábrica de Tapices hubiera supuesto un gran esfuerzo; para la burguesa María de las Nieves, que ya había dejado transcurrir 57 años de su vida sin salirse de las normas marcadas por la tradición, que asignaban a la mujer un papel subordinado⁸³ al marido dentro de los muros de su casa, era todo un desafío.

La viuda de Stuyck desempeñó con dignidad su compleja tarea y demostró un gran pragmatismo al proponer a la Corona unas alternativas honorables para salir de la situación de endeudamiento, entre ellas las de rebajar a la mitad la cantidad mensual que el rey asignaba a la Real Fábrica a cuenta de los futuros encargos de tapicería para los Reales Sitios. Como esto suponía una merma de ingresos, María de las Nie-

⁸³ *Memorial de María de las Nieves Álvarez al Rey pidiendo la dirección de la Real Fábrica de Tapices*, Madrid, 17 de julio de 1817, A.H.R.F.T., leg. 24/9.7.

ves pedía a cambio que le consintieran atender encargos particulares, cosa que se venía haciendo desde 1744. Pese a la aceptación de sus condiciones la vida de la empresaria se vio ensombrecida por la falta de liquidez del soberano, que llegó a despojarla del sueldo de Directora de la empresa.⁸⁴

En uno de sus últimos memoriales⁸⁵, María de las Nieves recordaba a Fernando VII que su hijo Gabino estaba plenamente capacitado para dirigir la fábrica, cosa que venía haciendo desde que su salud había empezado a declinar. María de las Nieves murió el 2 de abril de 1828 y por Real Orden de 29 de abril del mismo año, su hijo mayor, Gabino Stuyck Álvarez, fue nombrado Director de la Real Fábrica de Tapices.

⁸⁴ *Memorial de María Nieves Álvarez al Rey pidiéndole que le fuera restituido el sueldo que recibía como Directora de la Real Fábrica hasta 1822*, Madrid, 18 de marzo de 1824, A.H.R.F.T., leg. 24/9.8.

⁸⁵ A.H.R.F.T., leg. 24/11.3.